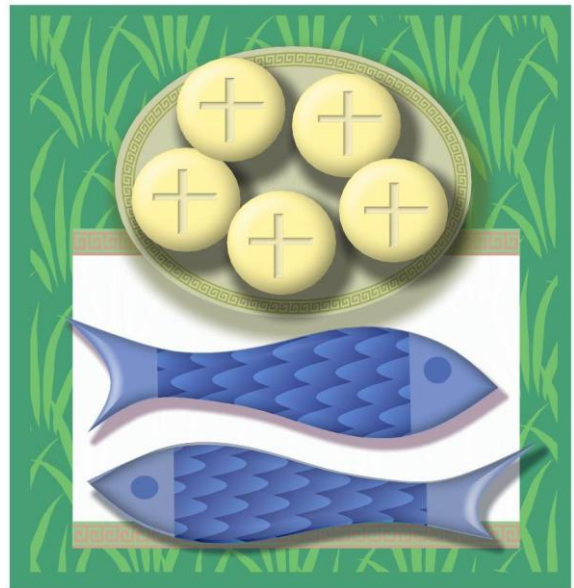


DOMINGO XVII (T.O.) B

LA HOMILÍA S. Martínez Rubio

Palabra de Dios:
(Jn 6,1-15.)

La Primera y la segunda lectura, de este domingo, narran dos hechos parecidos. En el primer caso el profeta Eliseo manda repartir entre la gente los veinte panes de cebada y grano que le habían dado, diciendo: *Dáselo a la gente, que coman. Porque a sí dice el Señor: “comerán y sobrará”*. El segundo caso, es Jesús quien manda a sus discípulos repartir, entre la multitud que lo rodeaba, los cinco panes de cebada y un par de peces, que tenía un muchacho. Comió toda la multitud y llenaron doce canastas con los pedazos que sobraron a los que habían comido.



La primera lección que se desprende de aquellos hechos es que no hace falta ser ricos para compartir. El pan que repartieron, tanto Eliseo como Jesús, era de cebada, el pan de los pobres y, tanto el uno como el otro, repartieron no de lo suyo, sino de lo que les habían dado, a Eliseo un hombre que le había traído un presente y a Jesús, un muchacho: dos pobres reparten la limosna recibida con los más pobres que ellos. No hay que ser rico para compartir hay que creer en la importancia y el milagro de las cosas pequeñas. Lo he oído muchas veces: *es imposible solucionar la pobreza del mundo*. Si lo que se quiere es extender a todos es el nivel de vida y despilfarro de energía de los países ricos, no es posible, no aguanta ni la misma naturaleza. Pero, si lo que se quiere compartir es la austeridad ¡Hay para todos y sobra!

La segunda lección consiste en aprender que no somos dueños y señores de los bienes que hemos recibido, sino solamente administradores. Y la administración exige fidelidad, justicia y caridad. El administrador no da limosna, sino que ejerce la solidaridad, haciendo que llegue a cada uno lo que necesita y que, por tanto, le corresponde.

La multitud enorme, del evangelio, representa a toda la humanidad que se sienta a la misma mesa, congregada por Jesús, a comer el mismo pan. Es una **llamada a la solidaridad humana** para resolver problemas que, aparentemente, no tienen solución. Jesús se sirve de unos panes, unos peces, y de la generosidad y disponibilidad de un muchacho para dar de comer a una multitud. Se pasa así de la falta de comida a la abundancia: todos se saciaron.

El domingo pasado decía el evangelio que Jesús se compadeció de las gentes, que andaban “como ovejas sin pastor” y “se puso a enseñarles con calma”, hoy les da de comer, en el sentido más material de la palabra.

La gente experimenta no sólo aquella hambre existencial de vida y felicidad, sino también, como la multitud del evangelio, el hambre o la indigencia material. Jesús se compadeció (=padeció-con) de los que no tenían pan y mandó a los discípulos que no se desentendieran del problema.

Aún hay excesivas desigualdades y egoísmos. Muchas cosas que habría que cambiar para que el pan, la salud, la vivienda, los bienes necesarios para vivir con dignidad, sean repartidos y compartidos.

Ciertamente, los cristianos no tenemos la solución en el bolsillo. Pero ¿acaso los cristianos no estamos llamados a infundir, en este nuestro mundo, un espíritu nuevo que lo renueve incluso en el aspecto económico y que contribuya al milagro de la multiplicación de bienes, mediante un reparto más fraterno?

Celebrar la Eucaristía en torno a Jesús y al lado de los hermanos, Compartir el cuerpo de Cristo, verdadero pan de vida, exige, también hoy, que se dé el gesto de la fraternidad y se efectúe el milagro de la solidaridad: llegar hasta renunciar al propio pan de modo que haya pan para todos.